

La herencia que nos dejó Alfonso Alcalde

EN 1991, al frente de un libro, Alfonso Alcalde escribió: "Nací el 28 de septiembre de 1921 en Punta Arenas y también ocasionalmente en la calle de la Marina, Tomé. En la galaxia de Tomé."

"Veintiocho suman los libros publicados: poesía, cuentos, novelas, biografías, relatos para niños, reportajes documentales. Pablo Neruda prologó mi primer libro, «Balada para la ciudad muerta» (Nacimiento, 1947). Entonces tenía 26 años. La edición, ilustrada por Julio Escámez, fue quemada en una ceremonia jubilosa. Sólo quedaron las tristes cenizas y el testimonio de un ejemplar.

"Ocho son mis hijos y 11 los nietos.

"He viajado por 25 países de América, Europa y el Medio Oriente. La ciudad vieja de Jerusalén fue un refugio salvador por varios años como las sombras del Monte de los Olivos.

"Trabajé vendiendo urnas, contrabandeando caballos desde Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) a través del Matto Grosso, cuidando animales en un circo de fieras (cebras, elefantes, leones, osos) y ayudante de la mujer de goma y del tragafuegos y payasos, personajes que aparecen y desaparecen en varios de los textos con el obsesivo tema del circo. Fui guionista de cine, radio, teatro y televisión. También traté de ganarme la vida en un bar pendenciero, nochero de un hotel de pasajeros urgentes y en las entrañas de las minas de estaño de Potosí trabajé como ayudante de carpintero en los socavones. Fui también pescador y vagabundo libre y total en los trenes que siempre partían al norte por el continente americano. Conozco mi país de la cabeza (dirigi la colección «Nosotros los chilenos» de Quimantú) y su pueblo, compartiendo vidas, dolores, trabajos, masacres, alegrías y re-

sucitamientos.

"Casi ciego y en la más infinita de las soledades seguí escribiendo como prometi, «aunque me corten las manos».

"Existen diseminados numerosos textos de las más diversas expresiones sin lectores ni editor. Otros fueron extraviándose como algunos olvidos en la memoria.

"Empecé a escribir porque no tenía otra solución, buscando una respuesta sobre la razón y la necesidad de la vida. Aún no la encuentro, pero estoy seguro de que la poesía no muere: sólo duerme".

Vi por primera vez a Alfonso Alcalde en marzo de 1949, en Concepción. Haciendo uso de mis vacaciones, había resuelto conocer el sur. Nicomedes Guzmán había considerado imprescindible que tomara contacto con Daniel Belmar y Alfonso Alcalde, ambos residentes en Concepción. Alcalde, tal vez como un homenaje a su propio apellido, concertó la cita en la plaza principal. Eran las 11 de la mañana. Noté que el autor de «Balada para la ciudad muerta» se hallaba muy triste. No atendía a la conversación y por momentos sus ojos, evadidos detrás de unas pestañas oscuras y gruesas, se llenaban de lágrimas. Estuve a punto de pensar que mi presencia lo había sumido en un súbito desconsuelo. En verdad, al cabo de algunos minutos, reparé en que su deplorable estado de ánimo tenía su origen en una pena de amor. Algo indiscreto, antes de despedirme, pretendí saber qué persona había trastornado de ese modo sus hábitos urbanos. Es obvio; Alcalde no soltó prenda. Me alejé con la convicción del fracaso. Más tarde le dije a Nicomedes Guzmán que su amigo Alfonso Al-

calde sentía una suerte de placer en exhibir en forma pública sus llagas sentimentales.

Cuarenta años después, recordándole esta escena, insté a Alfonso Alcalde, según creo, ya completamente mi amigo, a confesar el nombre de la mujer que en Concepción lo había traído entonces de cabeza. No tuvo empacho en mencionarla, aunque ello fuese en voz muy baja.

Alfonso Alcalde presentaba a primera vista la imagen de un producto hecho en casa. Se percibía al punto en él la influencia del arropo, del dulce de membrillo, de las costuras de la economía doméstica. El tono de su voz era delicado; siempre parecía ofrecer disculpas, con su gesto, por algún término reñido con la estrictez académica del lenguaje. Su vida carecía de ligazones tribales con los grupos de poder en los ámbitos de la cultura. Unos cuantos individuos con mando en menesteres políticos eran los únicos mecenas que lo evocaban como una extraña entidad solitaria y desamparada a merced del viento de todas las tormentas.

En la Academia Chilena de la Lengua no escuché nunca su nombre. En la Sociedad de Escritores de Chile, una que otra insinuación acerca de sus méritos bastaban y sobaban. Entre los periodistas, jamás oí decir que hubiera el propósito de rendirle un homenaje. Sólo Ignacio Valente, José Miguel Ibáñez Langlois, sacerdote, se atrevió a brindar en la tribuna de «El Mercurio» el aplauso por la originalidad de las joyas contenidas en su vasto libro «El panorama ante nosotros».

Según me decía un poeta la noche de la noticia de la muerte de Alfonso Alcalde, va a ser indispensable leer de nuevo los cuentos



"La poesía no muere, sólo duerme".

del volumen «El auriga Tristán Cardenilla». Alfonso Alcalde fue un narrador al estilo de Juan Rulfo: detrás de su obra, vida vivida, no alquimia libresca.

Experimentó al final la misma desazón de su amigo y admirado modelo Pablo de Rokha. Este empuñó un Smith & Wesson y se disparó un tiro en la boca. Alfonso Alcalde se ahorcó mediante el concurso de una viga en el humilde cuarto de la pensión en que permanecía encerrado, lejos del mundo, en el Tomé, la galaxia Tomé, de sus sueños. Desprovisto de bienes materiales, carente de todo auxilio de previsión social, había anhelado, más que ser un escritor famoso, más que ganar un premio de periodismo o de literatura, encabezar una cruzada en la que la literatura de cordel, escrita por decenas de trabajadores de la pluma, exhibiera en la calle los dones ocultos de Chile.

Su modestia dará que hablar.